

Vino a encontrarse con el público un poeta laureado con el Premio Nobel. Era un gran honor, porque aquel poeta era grande, y nuestra ciudad, pequeña. Así que hubo muchos discursos y una orquesta para recibirlo, y después una comida oficial en una sala decorada con flores.

Durante la comida, el premiado sintió la necesidad de alejarse al baño y salió. Pero, como pasaba ya mucho rato y no volvía, el alcalde, finalmente, fue en persona para ver si por casualidad el premiado se sentía indispuesto.

En el pasillo se encontró con la señora de la limpieza y el poeta.

—¡No pienso dejarlo entrar! —exclamó la señora de la limpieza al alcalde—. Que no tiene monedas para pagar.

—Pero abuela, ¡si él tiene el Nobel!

—Eso acaba de decirme él mismo. Si no, yo lo habría dejado pasar incluso sin pagar, aunque fuera solo por lástima, que es un hombre mayor... ¡Pero como va y me confiesa que tiene esa enfermedad, ya no lo dejo por nada del mundo! ¡Para que me contagie a todos los clientes! Si tiene el Nobel, que vaya a tratárselo y que no venga a baños decentes.

No había quién pudiera con la señora de la limpieza y el premiado tuvo que salir a la esquina. Dijo que no le importaba, pero a mí me da que estaba ofendido.

Después de que se marchase, despidieron a la señora de la limpieza. Ahora en el retrete trabaja un joven con título universitario, alguien culto que sabe lo que es un Nobel. Pero vaya a saber si alguna vez más vendrá a la ciudad otro Nobel.